

Florenia, aunque engrandecida, parece que quedó inferior á Pisa por la facilidad del comercio, y á Fiésolle por su situación. Aquella ciudad, resto de las que los Etruscos fundáran coronando las alturas itálicas, es mencionada por Ciceron por el gran lujo y sus excesivos gastos en las mesas, y por haber en sus alrededores deliciosas granjas, numerosa poblacion y suntuosas fábricas. Habia convertido en bautisterio un bellissimo trozo de antigüedad gentilica, y construido la catedral adonde en 1028 su obispo Jacobo Bávaro trasportó las reliquias de San Rómulo, patron de la ciudad; y desde el interior de esta las familias patricias amenazaban de continuo á los campesinos de los valles. Mas habia llegado ya el tiempo de que estos triunfáran sobre aquellas, y brotaban ya en Florenia las semillas de aquella libertad que por tanto tiempo debia conservar, amándola siempre. La primera reunion popular que hubo en ella se celebró en 1105, por obra del obispo Raniero; y la primera empresa en que se le encuentra, es la expedicion de 1113 contra Roberto, vicario imperial, el cual, situado en Monte Cascioli, castillejo de los condes Cadolingi, molestaba de continuo á los Florentinos, hasta que estos le desalojaron de su guarida y le quitaron la vida.

Impulsada por Pisa á la guerra contra Luca, Florenia conoció sus propias fuerzas, y las empleó en sojuzgar á los nobles de la comarca, destruyendo los castillos que impedían el tráfico ó daban albergue á los poderosos (1): obligó á las familias antiguas de Fiésolle á bajar de su amenazadora situacion (2); y facilitó la formacion de nuevas poblaciones por los ya libres campesinos, atrayéndoselos al mismo tiempo con franquicias que les concedió. Algunas familias sostuvieron en sus castillos una especie de soberanía local, como los Pazzi en el Valdarno, y los Ricasoli en el Chianti: las ménos poderosas y mas próximas se apresuraron á habitar en la ciudad, como los Cerchi y los Buondelmonti, y tambien los Guidi que habian estado unidos en una coalicion, causa de continuas guerras intestinas; y hubo tambien otras que se hicieron poderosas en la ciudad con el tráfico, como los Mozzi, los Bardi y los Frescobaldi, que alguna vez se vieron tambien acometidos en sus casas, como otros la fueron en sus castillos.

En todos los Comunes encontraria igual diversidad quien la buscase. La posicion y la naturaleza de los habitantes contribuyeron á con-

(1) En 1197 compró el castillo de Monte Grossoli en Chianti; en 1199 destruyó el de Frondillano, y despues á Semifonti, el castillo de Combiata que se resistió al Comun, y tambien á Malborgheto, en cuyo sitio edificó á Monte Lupo para tener en sujecion á los condes de Capraja: en 1220 destruyó á Mortemana, castillo de los Squarcialupi; y despues los de Montaya, Tizzano, Fighine, Poggibonzi, Vernia y Mangona. De este modo ocasionó la ruina de las familias de los Ubaldini de Mugello, de los Ubertini de Gaville, y de los Alberti de Mangona, Certaldo y Pogna.

(2) No rechazo enteramente la relacion de los cronistas acerca del cerco de Fiésolle.

servar en Florenia las costumbres sencillas y puras, descritas por Villani y Dante, que han exagerado sin duda, pero en cuyas exageraciones existe un fondo de verdad. Cuando Pisa tuvo que acudir á la expedicion contra las islas Baleares, Florenia se ofreció á velar entretanto por la seguridad de aquella ciudad, y luego pidió en recompensa dos columnas de pórfido: el servicio y el galardón revelan el carácter de aquella edad *sobria y púdica*. Florenia se engrandecia de este modo, y sus ciudadanos vivian pacíficamente, cuando la enemistad privada de los dos familias de los Buondelmonti y de los Amidei desarrolló allí el germen fatal de las facciones de los Güelfos y de los Gibelinos, que se expulsaban mutuamente, y requerian la alianza de las otras ciudades y de los castellanos que profesaban sus mismas opiniones.

Durante el imperio de Federico II, los Uberti, familia gibelina, prevalecieron, é impidiendo el comercio de Florenia, que se arruinaba visiblemente, arrojaron de la ciudad y de los castillos á los Güelfos, y establecieron un gobierno aristocrático, oneroso á la plebe y á los ciudadanos libres. Estos, por tanto, resistieron, y habiéndose reunido en la plaza Santa Croce, formaron una confederacion bajo el nombre de *pueblo*, aboliendo el cargo de podestá, y sustituyendo en su lugar un capitan, con una señoría bimensual de doce ancianos, dos por cada barrio: dividieron la confederacion en veinte gonfalones, que constituían otras tantas compañías de milicia, y el campo en curatos ó parroquias, que daban noventa y seis. Á una señal del capitan del pueblo, y al son de la martinela (*), toda la milicia debia reunirse en derredor del carroccio en que iba el gonfalon blanco y encarnado. No quitaron á los grandes mas que el poder de hacer daño, cercenando de sus torres cuanto excedia de cincuenta brazas, y fortificando con las piedras procedentes del derribo el barrio del Arno. Entónces se edificó tambien el palacio del podestá á modo de fortaleza.

Tan luego como Florenia, constituida así en república, supo la muerte de Federico II, obligó á Pistoia, Arezzo y Siena á cambiar la bandera imperial por la suya; venció á Poggibonzi y á Volterra, cuyas murallas etruscas servian de refugio á los Gibelinos; derrotó cerca de Pontedera á los Pisanos, y en memoria de este que tituló *año de las victorias*, acuñó su nueva moneda de oro de veinticuatro quilates, llamada *florin* (1).

En los años siguientes continuaron las prosperidades, tanto que los Gibelinos, capitaneados por los Uberti, pidieron socorro de tropas alemanas al rey Manfredo, ya proclamado señor de Siena. Farinata de los Uberti, con este re-

(*) *Martinella*, campana que se tocaba un mes antes de que saliese de Florenia el ejército; y despues, colocada en lo alto de un castillo de madera formado sobre un carro, marchaba aquel guiado por sus toques.

(1) Es la octava parte de una onza de oro.

Batalla de Monteperti. 1260. fuerzo, derrotó á los ciudadanos en Monteperti, á orillas del Arbia. Aquella batalla fué uno de los acontecimientos mas célebres en la edad heroica de las repúblicas italianas. Los Sieneses se dispusieron para el combate ejecutando actos piadosos: « La gente empleó casi toda la noche en confesarse y reconciliarse. El que habia recibido una grave injuria, buscaba con mas vivo anhelo á su enemigo para besarle en la boca y perdonarle. Así se pasó la mayor parte de la noche (1). » Las tropas se pusieron despues en marcha, y « aquellas insignes mujeres que se habian quedado en Siena con el obispo y los clérigos, empezaron el viérnes por la mañana temprano una solemne procesion, llevando todas las reliquias que habia en la catedral y en las demas iglesias de Siena. De este modo iban visitando sin dejar nunca los clérigos de cantar salmos divinos, letanias y oraciones: las mujeres, descalzas y vestidas miserablemente, dirigian continuas súplicas á Dios, rogándole las unas que preservase de la muerte á sus padres, las otras á sus hijos, estas á sus hermanos, aquellas á sus maridos; y todas iban en la procesion vertiendo abundantes lágrimas é implorando siempre á la Virgen María. Así pasaron todo el viérnes, no habiendo comido nada durante el día. Al anochecer, volvió la procesion á la catedral, y allí se arrodillaron todas, permaneciendo en esta posicion mientras que se dijeron las letanias, acompañadas de muchas oraciones (2). » Bajando las tropas de la colina, enderezaron el paso á la llanura, donde presentándose ante todos el caballero franco maese Arrigo de Astimbergo, saludó al capitan y á los demas, y dijo: « Todos los de nuestra casa tenemos el privilegio concedido por el sacro imperio de ser los primeros servidores en cualquier batalla en que tomemos parte. Á mí, por tanto, me pertenece hoy el honor de nuestra casa; y os ruego que consintáis gustosos en ello. » Su peticion le fué otorgada, como era de justicia (3).

Los Sieneses y los emigrados vencieron, habiéndose apoderado del carroccio de Florenia, que arrastraron hácia atras con grandes muestras de alegría; pero como los Gibelinos encarnizados propusiesen destruir á Florenia, el magnánimo Farinata declaró, que habia entrado en aquella confederacion, no para demoler la ciudad, sino para conservarla victoriosa. Esta proposicion puede dar idea del furor del partido gibelino, que impuso castigos, tiranizó y refor-

(1) NICOLÓ VENTURA, *La scongha di Monteperti*.

(2) *Ibid.* Ventura refiere otros actos de piedad: « Hallándose así ocupados los Sieneses, la mayor parte de la gente (Florentina) vió un manto blanquísimo, que cubria todo el campamento de los primeros y la ciudad de Siena... Algunos dijeron que en su sentir era el manto de la Virgen María, que guarda y defiende al pueblo de Siena... En esto, habiendo visto el manto los del campamento de los Sieneses y los de la ciudad de Siena, como iluminados por Dios se arrodillaron, exclamando con las lágrimas en los ojos: Virgen gloriosa, etc. Y todos decian: Este es un gran milagro, debido á las súplicas de nuestro obispo y de los santos religiosos.

(3) *Cronache* de VENTURA.

mó el Estado segun el sistema imperial. Sin embargo, á la llegada de Carlos de Anjou, los Güelfos reanudaron sus relaciones con el papa, quien les entregó la bandera con el águila encarnada en campo blanco, y debajo una serpiente verde, que quedó siempre como insignia del *magistrado del partido güelfo*, nombre que se dió á la persona encargada, una vez obtenido el triunfo, de administrar los bienes confiscados á los Gibelinos contumaces (1).

Estos cambios de dominacion multiplicaban las animosidades, las confiscaciones, los padecimientos, y á la par la vida y la audacia que excitaba á emprender grandes cosas. En un país como la Toscana, cuya riqueza consistia en el comercio, los mercaderes eran á menudo los únicos sobre quienes pesaban las cargas públicas; ellos suministraban dinero á los nobles para encumbrarse, y á la plebe para comprar á los propietarios los frutos de sus tierras. Se animaron, pues, no solo á querer tomar parte en el gobierno, sino tambien á excluir de él á los propietarios; de suerte que no ocupasen el asiento de los señores sino las artes, en las cuales debian hacerse inscribir los nobles y las familias de los señores, si optaban al gobierno. Los nobles, acostumbrados á sostenerse por medio de las armas, no podian resignarse á sufrir el freno de la ley; irrogaban toda clase de injurias á los hombres del pueblo, y cuando alguno de ellos habia cometido un desman, todos sus parientes se presentaban bien armados para librarle de la justicia. De aquí provino, que á cada instante se viese obligado el gonfalonero á llamar la juventud á las armas, para apoderarse á viva fuerza del delincuente y castigarle (2).

La dignidad de gonfalonero fué dada á Giano della Bella, noble que se habia puesto al frente de los ciudadanos populares, « hombre enérgico y de gran valor, que defendia las cosas abandonadas por los demas, y decia en alta voz lo que otros no se atrevian á proferir. » Hizo pesar principalmente su autoridad sobre la aristocracia; excluyó para siempre de todo derecho cívico á treinta y siete familias patricias, y facultó á la

(1) Este magistrado era independiente de la señoría y elegia por sí sus empleados y consejeros, redactaba los decretos y las leyes, recibia cartas y las enviaba á los otros Estados con su sello, é impedía que se admitiese ningun Gibelino á participar de los honores ó de los beneficios del Comun. Por eso aquella *masa de los Güelfos* ejerció tan grande influjo en los sucesos de Toscana; sobrevivió á la libertad como administracion económica, y no fué abolida hasta el 22 de junio de 1769.

(2) « Muchos fueron castigados segun la ley, y los primeros á quienes alcanzó fueron los Galigai. Uno de ellos cometió un desman en Francia con dos hijos de un conocido mercader, que se llamaba Ugolino Benivieni: habiéndose trabado de palabras, uno de los Benivieni fué herido por Galigai, y murió de resultas. En consecuencia, yo, Dino Compagni, siendo gonfalonero de justicia en 1293, fui á sus casas y á las de sus cómplices, y las hice demoler segun las leyes. Este ejemplo produjo respecto de los demas gonfaloneros un inconveniente grave; pues si demolian, segun los términos de la ley, el pueblo decia que eran crueles, y que eran cobardes, si no demolian por completo. Así, muchos, por miedo al pueblo, alteraron la justicia. Habiendo cometido un hijo del señor Buondelmonti un crimen capital, le fueron demolidas sus casas de tal modo que hubo luego que indemnizarle. » DINO COMPAGNI.

señoría para ejecutar lo propio con toda familia noble que desmereciese de sus antepasados. El que tenía esta nota, debía dar dos mil francos como caución de su comportamiento; no salir á la calle cuando hubiese algún tumulto; no poseer una casa vecina á un puente ni á una puerta de la ciudad; no interponer apelación de la sentencia en los juicios criminales; no acusar á un plebeyo, á no ser por delito cometido contra su persona ó la de un individuo de su familia; no servir de testigo contra un hombre del pueblo sin el consentimiento de los priores, y sus parientes hasta el cuarto grado eran solidarios de las multas en que incurria. Indignados los nobles contra Giano, tanto mas cuanto que le consideraban desertor, hallaron medio de hacerle sospechoso á las corporaciones de artes; y habiendo él rechazado el cargo de que «destruía la libertad por una cobarde tolerancia,» le opusieron como argumento «las culpables acciones de los carniceros, hombres feroces y mal dispuestos» y las de los jueces que tenían pendientes los procesos tres ó cuatro años. Al querer Giano reprimir estos abusos, fué expulsado de Florencia y murió en el destierro.

Los nobles, obligados á someterse á la ley, se alejaban de la ciudad, y obraban como tiranuelos en los castillos, situados en las alturas del Apennino, entre Luca, Módena y Bolonia. Entretanto, la ciudad prosperaba. Contábase allí treinta mil hombres en estado de llevar las armas, y ochenta mil en su territorio; se pagaba muy poco, y cuando había necesidad de dinero, se vendían solares á los que querían construir casas; el recinto de los muros se había ensanchado hasta comprender á Borgognisanti y el Prato. Desde 1284 á 1300, se construyó la galería cubierta de los Lanzi, Santa María del Fiore y Santa Croce, destinada á ser el panteón de los grandes hombres italianos. En 1300 las rentas públicas de Florencia subían á trescientos mil florines, y los gastos á treinta y nueve mil ciento diez y nueve: de sus ciento cincuenta mil habitantes, diez mil iban á las escuelas donde se enseñaba á leer y escribir, mil doscientos á las de aritmética, seiscientos á las de gramática y lógica: en la ciudad había ciento diez iglesias, cincuenta y seis de ellas parroquiales, cinco abadías, dos prioratos con ochenta clérigos regulares, veinticuatro monasterios de mujeres, con quinientas monjas, setecientos monjes pertenecientes á distintas órdenes, mas de doscientos cincuenta capellanes, y treinta hospitales con mil camas. De ochenta á cien personas componían el consejo de los jueces, y seiscientos el de los notarios; había sesenta entre médicos y cirujanos, cien droguistas, ciento cuarenta y seis maestros albañiles y carpinteros, quinientos zapateros, un sinnúmero de buhoneros con tiendas ambulantes (1), y mil y quinientos extranjeros. Doscientas fábricas de lana daban setenta ú ochenta mil

(1) G. VILLANI, XI, 93.

piezas de paño, cuyo valor era de un millón y medio de florines, y con una tercera parte de estos se pagaban treinta mil operarios: la compañía de Calimala se componía de veinte mercaderes de paños extranjeros, que vendían diez mil piezas en trescientos mil florines: veinticuatro casas se dedicaban al comercio de bancos de giro: treinta años antes se ocupaban cien fabricas mas en la elaboración de lanas, dando hasta cien mil piezas de paño, aunque mas bastas y que valían la mitad, no empleándose en ellas lanas de Inglaterra. Los alrededores de la ciudad estaban todos hermoseados, y «su aspecto era tan magnífico, que los extranjeros que venían de fuera, creían que las lujosas habitaciones y los suntuosos palacios que se elevaban en el radio de tres millas de Florencia, formaban parte de la misma ciudad, sin hablar de las casas, torres, patios y jardines murados que se extendían á mayor distancia; de suerte que, según se calculaba, había en el circuito de seis millas tantas ricas habitaciones como no hubieran podido contener dos Florencias juntas.»

De vez en cuando, los Florentinos tomaban las armas para hacer prevalecer á la facción güelfa, ó mezclarse en las disensiones de las ciudades vecinas. Habiendo los Gibelinos, que tenían á su cabeza al obispo Guillermo de los Ubertini, triunfado en Arezzo, los Güelfos de Florencia quisieron reprimirlos: toda la Toscana se decidió en favor de unos ó de otros, y las fuerzas rivales vinieron á las manos en Campaldino, cerca de Bibiena. Era costumbre en las repúblicas italianas elegir en el momento del combate doce paladines que se lanzaban como desesperados contra el enemigo al frente de la caballería, á la cual estimulaba su ejemplo. En esta ocasión, el Florentino Vieri de los Cerchi, aunque estaba enfermo, se designó á sí mismo, luego nombró á su hijo, y no quiso indicar á los demás; pero esto bastó para que todos á porfía desearan contarse entre los paladines, cuyo número ascendió á ciento cincuenta. Los Florentinos triunfaron, aunque sin obtener por eso la paz (1).

(1) El obispo (de Arezzo) que era corto de vista, preguntó: «¿Qué muros son aquellos? A lo que se le respondió: Son los pavese de los enemigos.»

«El señor barón de los Mangiadori de Samminiato, caballero valiente y experimentado en las armas, reunió á los soldados y les dijo: «Señores, en las guerras de Toscana se venía comunemente cuando se atacaba con decisión: duraban poco y perecían un corto número de hombres, en atención á que no había costumbre de matarlos. Al presente se ha cambiado de táctica, y es uno vencedor cuando se mantiene firme: por tanto os aconsejo que seáis fuertes y que les dejéis comenzar el ataque.» Así se decidió. Los de Arezzo atacaron el campamento tan vigorosamente y con tal fuerza que las tropas de los Florentinos retrocedieron. Ruda y encarnizada fué la batalla. Por un lado y otro se habían creado nuevos caballeros. El señor Corso Donati atacó á los enemigos de flanco, al frente de la brigada de los Pistoleses. Llovían las flechas: los de Arezzo tenían pocas, y eran heridos por el lado en que estaban al descubierto. La atmósfera se cubrió de nubes y el polvo era sumamente espeso. Los peones de Arezzo se metían bajo los caballos con el cuchillo en la mano y los despanzuraban; y se adelantaban tantos de las filas que en medio de los escuadrones murieron muchos de una y otra parte. Aquel

Batalla de Campaldino. 1289.

Blancos y negros. 1300. En Pistoya, los blancos y los negros, ramas de la misma familia güelfa de los Cancellieri, los unos mas nobles, y los otros mas ricos, habían llegado á empeñarse en disputas y combates. Un negro atacó á un blanco, y le cortó la mano; y habiendo el padre del ofensor enviado á este á los ofendidos para que le castigasen, los blancos cometieron la vileza de cortarle á su vez el puño sobre el pesebre de los caballos. La sangre pidió sangre, y los Florentinos, temerosos de que en medio del tumulto una de las facciones se uniese á los Gibelinos, intervinieron, ordenando á los jefes de ambas que se trasladasen á Florencia.

Con esto, lo que lograron fué llevar á su país el germen de las discordias civiles. Los blancos fueron acogidos por los Cerchi, familia plebeya y grosera, que debía su prosperidad al tráfico, mientras que los Donati, sus rivales, de costumbres belicosas y caballerescas, se declararon á favor de los negros; y adoptando unos y otros los nombres de sus huéspedes, comenzó la lucha entre ellos con las vicisitudes de costumbre. En las casas vecinas, en los campos confinantes, en los bailes, en las bodas, en los funerales, ocurrían frecuentes conflictos. Refirióse á Bonifacio VIII lo que pasaba, «y fueron mas peligrosas las palabras falsamente dichas tocante á Florencia que las puntas de los hierros» (DINO); porque, después de haberse empeñado el papa inútilmente en restablecer la paz entre los adversarios, envió con tal objeto á Carlos de Valois, que se dirigía entonces á Sicilia. Pero este príncipe quitaba derechos mas preciosos que la paz (1); y como los blancos se habían inclinado al partido gibelino, él se unió á los negros, de quienes era la ventaja, y les permitió que por espacio de cinco días saqueasen las casas y los bienes de sus enemigos, que se casasen con las herederas, que incendiasen los edificios, y que matasen y desterrasen á los principales ciudadanos del partido contrario. Entre ellos se contaban al historiador Dino Compagni, el filósofo y poeta Guido Cavalcanti, su amigo Dante Alighieri, quien, en unión de Petrarco della Ancisa, padre del Petrarca, fué desterrado por el terrible podestá Cante de los Cabrielli.

1301.

1302.

Carlos, «señor acostumbrado á grandes y desordenados gastos,» quería dinero, y después de haberlo sacado en mucha cantidad, se dirigió al papa exigiendo mayores sumas; á lo cual le con-

dia, muchos que eran tenidos por hombres de gran valor, se mostraron cobardes, y muchos de quienes no se hablaba, cobraron renombre. El baillío del capitán adquirió singular fama y quedó muerto en el campo. » DINO COMPAGNI.

(1) «Oh buen rey Luis, que temes á Dios! ¿dónde está la fe de la real casa de Francia, que ha caído por mal consejo, hasta el punto de no temer la ignominia? ¡Oh malvados consejeros, que habéis hecho de un príncipe de la sangre de tan alta corona, no un soldado, sino un asesino, encarcelando malamente á los ciudadanos, faltando á su fe y falseando el nombre de la real casa de Francia! Habiendo ido á su convento maese Ruggeri, adicto á dicha casa, le dijo: Bajo tu gobierno sucumbe una noble ciudad: á lo cual respondió que nada sabía. » DINO COMPAGNI.

testó el pontífice: ¿No te he enviado á la fuente del oro? Y sin obtener otro resultado de su intervención mas que el oro que extrajo, se marchó, llevando consigo las riquezas y las maldiciones de los Toscanos. Corso Donati, jefe de los negros, rodeado siempre de numerosa tropa y sostenido por los magnates, que esperaban ascender con él, entró en la ciudad á los gritos de ¡viva el barón! libertó á los presos de Estado, expulsó la señoría, y se alió con Ugucione della Fagiuola, terrible jefe de los Gibelinos de la Romanía. El pueblo concibió sospechas contra él, y reuniéndose al son de las campanas, le citó á juicio y le condenó en el término de dos horas, por contumacia «como rebelde y traidor á su municipio.» Inmediatamente salió de la casa de los priores el gonfalon de la justicia con el podestá, el capitán, el ejecutor, sus secuaces; los gonfalones de las compañías, el pueblo armado y partidas á caballo, dando grandes gritos para ir á las casas donde habitaba el señor Corso. » (VILLANI.) El se parapetó, con la esperanza de que llegase á su socorro Ugucione, á quien había llamado, pero le era difícil defenderse por hallarse padeciendo de la gota, y detenido en su fuga, se arrojó del caballo y murió. «Fué un caballero de gran valor y renombre, de raza y de maneras nobles, hermoso hasta en la ancianidad, amable, instruido, buen decidor; se ocupaba siempre en formar grandes proyectos; trataba con familiaridad á los señores principales y á la nobleza, y era célebre en toda Italia: enemigo de los pueblos y de los campesinos, amado de los mesnaderos, lleno de pensamientos malignos, perverso y astuto. » (DINO.)

1307.

Iguales agitaciones experimentaban Siena, Luca y Pistoya, cuyas vicisitudes serian demasiado largas de referir. Cortona tenía un gobierno compuesto de cónsules, de la nobleza (*majores milites*), de los jefes de las asociaciones de artes y oficios, con un camarlengo y un canciller; el consejo de *credenza* estaba formado de veinte nobles; el general de cien ciudadanos y artesanos. Sometió las familias de la comarca, como los marqueses de Pierle, los condes de Cegliolo, los señores de Pergo, de Pogoni, los Camaldulenses del priorato de San Egidio, obligándoles á entrar en el recinto de la ciudad; tanto que en 1219 dió mas ensanche á las murallas, haciendo que encerrasen dentro de sí hasta el arrabal de San Vicente. Fué unas veces aliada y otras enemiga de Arezzo, cuyos habitantes la sorprendieron en 1259, saqueándola, desmantelándola y forzándola á tomar siempre por podestá á un ciudadano de Arezzo. Al fin se apoderaron del mando los Casali, y fueron vicarios del imperio, hasta que la república florentina sometió á Cortona á su dominación. Así como Florencia se encontraba á la cabeza de los Güelfos, Pisa ocupaba el primer lugar entre las ciudades del partido gibelino. «Estaba habitada por los mas nobles y poderosos señores de Italia, entre quienes había acuerdo y uni-

Cortona.

Pisa.

dad, y constituían un grande Estado, pues formaban parte de sus ciudadanos el juez de Gallura, el conde Ugolino, el conde Fazio, el conde Nieri, el conde Anselmo y el juez de Arborea; cada uno de ellos tenía numerosa corte; y de vez en cuando, cabalgaban por el país, seguidos de muchos ciudadanos y caballeros. Por su grandeza y nobleza eran señores de Cerdeña, de Córcega y de Elba, de donde percibían abundantes rentas propias y de cuenta del Comun, y casi dominaban el mar con sus bageles y mercaderías. » (VILLANI.) Pisa tenía posesiones en la Toscana, así como Génova en las Riberas, y Venecia en las costas de Dalmacia; y Enrique VI le cedió todos los derechos reales en la ciudad y en un territorio donde se contaban sesenta y cuatro aldeas y castillos. En 1192, lucha con Génova y Luca por la posesión de la Lunigiana, y habiendo ocupado los feudos de los obispos y condes de Luni, abrió de nuevo las canteras de mármol para la construcción de su catedral y la de Carrara (1).

Entretanto los Pisanos surcaban los mares, y adquirían riquezas y poder en Levante; el emperador de Oriente no solo les concedió privilegios en sus puertos, sino que se obligó á dar á la ciudad anualmente quinientos besantes y dos alfombras de seda, y cuarenta besantes y una alfombra al obispo. Pisa opuso sesenta y cuatro galeras á las setenta de Génova, su rival; y durante la guerra observaron algun tiempo la costumbre de tener cada una cerca de su enemigo un notario con cuatro exploradores, los cuales debían participar á su patria los designios y preparativos dirigidos contra ella, queriendo una y otra triunfar, no por medio de la astucia, sino á viva fuerza (2).

Peró una nueva batalla naval dada entre ambas repúblicas en la Meloria en 1284 (3) inclinó la balanza en contra de Pisa: once mil de sus ciudadanos fueron llevados prisioneros á Génova, y retenidos allí diez y seis años sin privarles de la vida, á fin de que sus mujeres no pudiesen volverse á casar y dar nuevos hijos á la patria. Decíase por tanto que el que quisiera ver á Pisa fuese á Génova. Los prisioneros dictaban desde allí á sus conciudadanos la conducta que debían observar: nuevos Régulos, los disuadían de ceder por su rescate á Castro en Cerdeña, plaza fuerte construida por sus abuelos y defendida con tantos esfuerzos, y juraban que si recobraban la libertad á tal precio, se declararían enemigos de los pusilánimes que hubieran sacrificado el honor nacional al interés privado.

La humillación de Pisa fué ventajosa para los

(1) Desde 1188 el pueblo de Carrara había obtenido del obispo de Luni, su antiguo señor, el terreno necesario á fin de construir la aldea de Avenza, en el valle de Magra, para comodidad de los carreteros y marineros que trasportaban los mármoles. Existe un compromiso de 1202 entre el obispo de Luni y los marqueses de Malespina, en el cual intervinieron como fiadores los cónsules y soldados del Comun de Carrara.

(2) UB FOGLIETTA, lib. V.; Ann. Genuens, lib. X.

(3) Véase ántes pág. 92.

Güelfos de Toscana, y aquella república hubiera sucumbido, si Ugolino, conde de la Gherardesca (país montañoso, situado en la costa entre Liorna y Piombino) no hubiese conseguido con su habilidad disolver la liga. Habiéndose mantenido por espacio de diez años en Pisa al frente de los negocios públicos, obtuvo de los Luqueses y de los Florentinos la paz; pero no sin entregarles los castillos del territorio: despues, con objeto de sofocar las quejas suscitadas por estos sacrificios, llevó al exceso la tiranía, y se hizo odioso hasta el punto de que se apoderasen de él y le encerrasen con su familia en una torre, donde los dejaron morir de hambre.

Posteriormente Génova conquistó también la isla de Elba, y con veintidos mil soldados, de los cuales cinco mil tenían corazas blancas como la nieve (CAFARO), destruyó á Porto Pisano, donde entró rompiendo las cadenas, que se ven aun colgadas en aquella ciudad: infausta señal de guerras fratricidas que ha sobrevivido á los trofeos y á los frutos de la libertad. Por último, Pisa, en la paz de 1296, renunció á sus derechos á la Córcega, y al dominio de Sassari en Cerdeña.

Génova se había regido siempre como una sociedad mercantil. Formábanse compañías para armar una escuadra ó para emprender un negocio que duraba dos, seis, veinte años, y sus cónsules eran también muchas veces cónsules del Comun. Gobierno de aprendices, y que sin embargo llevó á cabo todas las empresas que hemos visto, se apoderó de las Riberas, y adquirió posesiones en Levante y preponderancia en Italia. La administración de la ciudad no pudo entonces quedar confundida con la de los intereses particulares, y se confió á jefes anuales distintos, aunque elegidos también por las compañías, que subsistieron siempre, y llegaron á ser como el medio que sirvió á los ciudadanos para ejercer derechos en el Estado. Formada una compañía, el que se presentaba con objeto de pertenecer á ella en el término de once días, era hábil para los empleos públicos; los que no lo verificaban así, no podían comparecer en juicio sino en el caso de ser citados, y ningun individuo de la compañía debía servirle en las galeras ni patrocinarle ante los tribunales. Los cuatro cónsules elegidos por el pueblo, en quien residía la soberanía, juraban no declarar la guerra ni celebrar la paz sin el consentimiento de este, no permitir la entrada de mercancías extranjeras, excepto la madera de construcción y las municiones navales, y administrar exactamente la justicia (1). Estos cónsules se hicieron anuales en 1121; y en 1130 la administración del Estado fué en ellos distinta de la jurisdicción, confiada á muchos cónsules.

(1) El juramento que Serra menciona (I, 277) como perteneciente al año 590, parece debe colocarse entre los años 1131 y 1130. Véase á VINCENTS, Hist. de la répub. de Gènes. Paris, 1842.

Las guerras extranjeras y la perpetuación de las magistraturas en las familias dieron origen á una nobleza ciudadana, que derivaba su lustre de los empleos desempeñados en las ocho compañías, entre las cuales se distribuían la ciudad y el arrabal, partícipes del gobierno por iguales porciones. En cuanto se formó esta nobleza, surgieron facciones é intrigas, y rodeada de clientes, construyó torres y dió en lo interior combates, mal reprimidos por la religión y por los cónsules. Hubo, pues, necesidad de recurrir también aquí á un podestá extranjero (1194), y en cada compañía se elegía un noble para formar la junta de los llaveros, custodios y administradores del tesoro, que adquirieron en breve grande importancia. Segun parece, no asistía todo el pueblo al consejo general que se reunía en San Lorenzo, sino solamente los individuos mas notables de las compañías, y estos no para deliberar, sino para persuadir: el consejo de la secretaría (*silenciaris*) debía ser ménos numeroso y mas regular: cada barrio tenía un tribunal para la administración de justicia.

Las facciones de los Güelfos y de los Gibelinos ó enmascarados introducían también el desorden en Génova, hallándose sostenidos los primeros por los Fieschi y los Grimaldi, y los segundos por los Doria y los Espinola, familias que aventajaban mucho á los demas, y que poseían castillos en los Apeninos y en la Rivera. Estas parcialidades agitaban la república, desobedecían á los magistrados, y alternativamente elevaban sus hechuras á los empleos de podestá, de abades y de capitanes de la libertad. Pasáremos en silencio las pequeñas guerras y las expediciones aconsejadas por el espíritu de partido, como asimismo la elevación y la caída de las facciones segun se sucedían los acontecimientos generales de Italia, y que llegaban hasta cambiar el gobierno interior de la república.

Algunas veces surgía uno de esos hombres que saben lisonjear las pasiones del pueblo, y que se apoderaba en su nombre de la autoridad suprema. Tal fué Guillermo Bocanegra, de familia plebeya, que nombrado capitán del pueblo por los nobles indígenas, hizo fracasar las tentativas dirigidas contra él por los feudatarios, y adquirió un gran poder, elevando siempre hombres nuevos y acariciando á la multitud. Pero una trama que había urdido con intención de prender á los principales ciudadanos, excitó á estos á sublevarse y le derribaron, concediéndole con gran trabajo la vida por las instancias del arzobispo. Volvióse entonces á la institución del podestá extranjero, pero sin recobrar la tranquilidad, y el cargo de capitán del pueblo sirvió de blanco á la ambición de los nobles.

Se creyó poder evitar las rivalidades corrigiendo el modo arbitrario de formar el gran consejo; de suerte que cada compañía tuviese que elegir cincuenta individuos, los cuales nombrasen cuatro consejeros en otra compañía, y

estos treinta y dos ciudadanos designasen los consejeros urbanos y los Ocho; pero las pretensiones de las familias no dejaban un momento de sosiego á la ciudad. Pareció por un instante que los Espinola adquirirían la autoridad suprema; pero las mil ambiciones que la lucha ocasionaba impedían la tiranía de uno solo. Posteriormente en 1339 la dominación de los nobles fué derrocada para sustituir en su lugar las familias populares de los Adornos y Fregosos; pero lejos de sucumbir los nobles, tenían una gran participación en las magistraturas, en la administración, en las escuadras, y uniéndose tan pronto á una como á otra de las familias predominantes, producían una inestabilidad que no podía convertirse en tiranía.

Génova poseía establecimientos de grande importancia en Caffa y Azoff (*Tana*): obtuvo del imperio griego á Esmirna, Tenedos, Metelino y el arrabal de Pera: Chio, una de las Esporades, fué conquistada con galeras que suministraron nueve familias, las cuales se reunieron despues en la *posada* de Giustiniani, cuando la república los dejó la posesión de la isla que conservaron hasta 1556 (1). Trípoli de Siria fué arrebatada á los Genoveses por los Egipcios; pero la recobraron á consecuencia de un tratado ventajoso que hicieron con el rey de Armenia. Tenían en Túnez el mercado mas importante para el África; así como para la Europa Occidental en Nimes, Aigues-Mórtes y Mallorca. Zarpaban todos los años de las costas ligurias de cincuenta á sesenta grandes bajeles, cargados de drogas y otros géneros con dirección al mar Negro, á Cerdeña, á Sicilia y á Provenza; muchos otros llevaban lanas y pieles, y el aumento de las riquezas contribuía á dar hermosura, comodidades y fuerza á la patria. Desde 1276 á 1283 construyeron las dos hermosas dársenas y la gran muralla del muelle, y en 1295 el magnífico acueducto, al traves de ásperas montañas.

Venecia, segun las circunstancias, iba desarrollando los gérmenes que poseía desde su origen. El dux no era elegido ya por el pueblo, sino segun el complicado mecanismo que hemos expuesto ántes (2); la única parte que quedó á la plebe fué el uso de llevarlo los maestros de obra del arsenal en una silla sobre sus hombros, cuando daba tres vueltas alrededor de la plaza de San Marcos. Á la muerte de Vitale Michiel II, se había establecido que cada barrio nombrase anualmente doce electores, los cuales se reunirían para elegir cuatrocientas ochenta personas que formasen un gran consejo, en vez de las asambleas generales. Á mediados del si-

(1) Chio redituaba unos ciento veinte mil escudos de oro al año, que se distribuían entre las familias copropietarias, segun el dinero que cada una de ellas había invertido. También los votos para el gobierno estaban en proporción de los quillates, forma singular ó mejor dicho, única. Las familias reunidas elegían un príncipe absoluto; la isla se hallaba dividida entre trece gobernadores, cuyo dictámen era necesario en los asuntos importantes.

(2) Véase ántes pág. 115.